

# MÁS ALLÁ DE LA RISA

**El teatro, como cualquier organismo vivo, es una criatura en constante proceso de crecimiento, de madurez, de oposición y ruptura, entre la tradición y la investigación. Entre lo viejo y lo nuevo. Entre el convencionalismo y la búsqueda de expresión. Un arte que experimenta avances cuando se rebela contra las manifestaciones del poder -el mercado es hoy el gran señor- e indaga en su propia realidad, cuando busca nuevos lenguajes, nuevas concepciones del espacio y, esencialmente, nuevas relaciones con el público: no se puede olvidar que el que nació para expresar las luces y las sombras del ser humano, los conflictos eternos del alma humana. En Canarias, por no hablar del resto del territorio nacional, son contadas las formaciones teatrales que se esfuerzan en sintonizar con la vida del momento, renuncian a la idea del riesgo, anteponiendo por encima de cualquier valor, el concepto de entretenimiento.**

**D**urante los años de la transición se acuñó con el concepto de teatro independiente, entendiendo éste como alternativa, oposición y crítica al comercial o al oficial. La experimentación, la búsqueda de nuevos lenguajes y, especialmente, la conexión con el público joven, el público de los barrios, de los pueblos, de las universidades, etc., fueron sus signos de identidad. Hoy en Canarias existen grupos profesionales que han logrado, tras largos años de lucha y reivindicación, de esfuerzo creativo, de entrega y sacrificio, entrar en el mercado, ser apoyos por la administración, patrocinados por entidades privadas y contar con el apoyo abierto y directo de algunos medios de comunicación. Nunca un periódico había ofrecido entrada a sus lectores. Esas formaciones constituyen una realidad, una evidencia, un digno ejemplo de profesionalidad. Sin embargo, frente al espíritu de rebeldía que tendría que caracterizar al teatro, se ha impuesto el otro espíritu, el espíritu del mercado y la servidumbre a sus leyes de promoción comercial, la moda y la temporada. Es una evidencia, un signo de nuestros tiempos: la premisa constante de la rentabilidad económica de sus espectáculos. La rentabilidad cultural, entiéndase

taquilla, convierte el producto escénico en mercancía trasnochada. Precisamente cuando el mundo está sufriendo espectaculares transformaciones, enfrentamiento entre occidente y oriente, el teatro de estas islas, puerta en la frontera del mundo desarrollado<sup>1</sup> se manifiesta ajeno a ese fenómeno global, o al de la dramática inmigración, en particular. La risa de la escena, ausente de sentido crítico o originario, se convierte, una vez más, de la mano del poder -que patrocina o comercializa-, en un medio de evasión, de escape, de adocenamiento. Es en las actuales circunstancias, de supuesta justicia infinita, cuando desde el escenario tendríamos que generar juicios propios e independientes. Una risa rebelde, inteligente, irónica para un tiempo de desinformación y uniformización.

No renunciamos a nuestra conciencia política, a nuestra inteligencia política, a la reflexión sobre la dimensión pública de los asuntos humanos. Tanto los que afectan directamente a nuestra dimensión espacial, como a los del mundo. La mundialización nos pone a diario en evidencia que están entremezclados, interdependientes, para lo positivo y para lo peor. El teatro de la guerra se ha puesto en movimiento y cuyas consecuencias son imprevisibles, desde



Escena de la obra *Cuento en azul*, de Óscar Bacallado

todas las perspectivas: social, cultural, económica, militar, religiosa, etc. Nuestra reflexión ante este fenómeno, en medio de la densa cortina de desinformación, manipulación y tergiversación de los hechos, tal como aconteció en la Guerra del Golfo, no puede permanecer silenciada. Aunque no existan ni medios ni excesivos soportes para expresarla lo más libre y objetivamente posible. Nuestra posición y compromiso con el teatro pasa por la necesidad de analizar y expresar lo que acontece a nuestro alrededor. Queramos

o no, somos espectadores del inicio de una nueva contienda universal, en la cual, en palabras de Josep Ramoneda<sup>2</sup>, los señores de la guerra provocan la adhesión a una etiqueta más que a una idea. Una marca, como si de un producto de consumo masivo se tratara. No hay más proyecto de futuro que la homogeneización étnica y religiosa.

Esa idea de uniformización y olvido la hemos observado al estudiar la proyección de fenómenos sociales puntuales en el teatro, como la gue-

rra de independencia de Cuba, por citar hechos en los que la participación canaria aún permanecen en la memoria o en la tradición oral, nos encontramos con un dato objetivo: ningún autor lo reflejó en su teatro. Lo mismo ocurrió, salvo contadísimos textos, con la propia guerra civil española o los largos años del franquismo. En ese largo periodo, en nuestros escenarios nunca faltaron comedias y risas. Como si la actividad teatral, que necesariamente se mueve entre los condicionantes geográficos o espaciales y los históricos, hubiera estado ciega e insensible a cuanto acontecía a su alrededor. En esas circunstancias, como es normal, el teatro, con su risa fácil y evasiva, se ha actuado de mecanismo de escape, de enajenación y de extravío.

En Canarias vivimos instalados, cómodamente instalados, con nuestra mentalidad de nuevos ricos, en una inercia social e histórica que nos sigue llevando, como en el caso del teatro, a ser meros receptores, meros espectadores. Fácil emulación de estéticas, de formas, estructuras y precedimientos sin que se imponga la voluntad, la pasión, la ambición -técnica y recursos expresivos e incluso económicos no faltan-, de arriesgar con voz propia, con sentimiento y música propia. No hablamos de folclore ni de costumbrismo, sino de la voluntad de expresar lo que vivimos, sentimos y pensamos, del presente, el pasado -la reelaboración de la memoria y el recuerdo son un excelente material creativo- y el futuro, de los pueblos, las religiones, la seguridad -con su excusa se puede poner en peligro las libertades- y las ideologías. Es difícil hacerse oír en medio de tanto ruido y tanta furia.

Para Salvador Távora<sup>3</sup>, aunque el teatro no tiene más que una historia que es literaria y burguesa, su expresión tiene que estar enlazada con su entorno cultural y condición social para representar lo que sienten, piensan y aspiran ideológicamente los pueblos del mundo y los diversos y distintos sectores sociales que los componen. "El teatro actual, en la mayoría de los casos, es un acto gris que requiere de sus participantes el olvido de sus orígenes, sus culturas y sus compromisos sociales, aceptando sólo el valor del bien hacer profesional dentro de su conservador modelo asumido y domesticado para el buen control de su incidencia social", señala el dramaturgo y director de la compañía de teatro La Cuadra de Sevilla.

El mercado canario demanda teatro de risa, mucha risa y los artistas y creadores, tal como

ha sucedido a lo largo de la historia, necesitan del apoyo y la protección, para ellos y sus familiares, de los señores, en este caso, de la Administración, del empresario o del público -el que pasa por taquilla-. Ante esta situación, la histórica y la presente, los creadores, gestores culturales o empresarios teatrales lo tienen claro, hay que dar al pueblo lo que el pueblo demanda.

Sabemos que el mercado tiene leyes inflexibles. En él no se puede ofrecer cualquier producto. Si no gusta, desaparece rápidamente del estante. Hoy la sociedad canaria demanda comedia, alta comedia. Y los productores avisados la ofrecen, algunos con éxito. Se impone así un nuevo modelo a imitar. Y como siempre, sin riesgos -entiéndase creativos- para llegar directamente a la complacencia del público. Pero si se trata de emular, un signo de nuestro tiempo, debemos buscar los mejores modelos. África, como señala Amadou N´Doye, está a un tiro de piedra de Canarias. Wole Soyinka, Nobel de Literatura de 1986, como otros intelectuales africanos, comparte su interés y compromiso por la defensa de los derechos humanos en el continente africano. Su profunda preocupación por denunciar la opresión y el colonialismo le hizo permanecer en prisión. El escritor nigeriano acaba de estrenar en el Teatro Nacional de Nigeria la obra *Rey Baabu*, la cual se arma de la risa y el ridículo para lanzar una andanada contra los déspotas africanos y de cualquier parte del mundo. Quiere golpear a la gente con la risa. Espera que muchas personas se enfaden, renieguen. Y confía en que otros tantos ciudadanos reflexionen sobre sus actitudes frente a los regímenes dictatoriales.

Por tanto, una vuelta a los orígenes vivenciales, sociales y personales, para no seguir contribuyendo a la historia del teatro como una herramienta conservadora del poder burgués o neoliberal. Seguimos apostando por un teatro personal y con carácter y voz propia, desde la dramaturgia -el texto literario-, la dirección -el texto escénico- y la interpretación.

<sup>1</sup> Juan H. Bravo de Laguna: "La inmigración de nuevo". *Diario de Avisos*, 22-09-2001.

<sup>2</sup> Josep Ramoneda: "Genealogía de la nueva guerra". Babelia, *El País*, 22-09-2001.

<sup>3</sup> Salvador Távora: "Ideología y Teatro". *Diario 16*. 13-03-1993.